

Fichte, Schelling y Hegel, al más considerable movimiento filosófico conocido desde el tiempo de Descartes. Ella fundó en Colonia la escuela célebre que fué madre de todas las escuelas de pintura de la Europa septentrional. Ella ha despertado todas las emociones y expresado todos los sentimientos en una triunfante epopeya de armonía. Ella, en fin, ha consagrado al arte la inspiración sublime que en Colonia, Friburgo, Spira y Strasburgo creó las maravillosas catedrales en que se refugia el alma mística y soñadora de la Germania.

V

Al advenimiento de Leopoldo I la política matrimonial, satirizada en un dístico célebre,¹ ya había dado al Austria propiamente dicha la Bohemia y una parte de la Hungría; pero el estado no había llegado aún al grado de importancia que después adquirió. Así, el reinado de un prín-

¹ Bella gerant alii, tu, felix Austria, nube;
Nam quæ Mars aliis, dat tibi regna Venus.

“Que hagan otros la guerra, tu, dichosa Austria, cástate; pues los reinos que Marte da á los otros, tu los debes únicamente á Venus.”

cipe de temperamento y educación pusilánime, combatido por los turcos y la Francia de Luis XIV, parecía condenado de antemano á perder el fruto de las más sabias y pacientes combinaciones.

Y así hubiera sucedido si cuando Leopoldo y la corte huyeron de Viena, abandonando á su suerte la capital sitiada por Cara Mustafá, Sobieski no hubiera acudido á libertarla y á rechazar la invasión musulmana con tropas polonesas mandadas por Czarniecki, Potocki, Zamojski y Leszczyński, nombres que recordaban la Polonia heroica y sus prodigios de valor caballeresco; así hubiera sucedido sin el italiano Montecuculli que expulsó á los suecos de Bohemia y á los turcos de la Hungría, organizó el ejército y fué mariscal y príncipe del Imperio; así hubiera sucedido si las victorias del francés

Eugenio de Saboya¹ no hubieran aumentado el patrimonio austriaco con casi toda la Hungría, la Croacia, la Esclavonia y la Transilvania; así hubiera sucedido si á Condé y á Turena, á Vauban y Luxembourg, á Villars, Schomberg y Catinat, Leopoldo I no hubiera podido oponer, además de Montecuculli y el príncipe Euge-

¹ Nacido en Paris é hijo del conde de Soissons y de Olimpia Mancini, sobrina de Mazarino. En 1683 entró como voluntario en el ejército austriaco, del que fué generalísimo desde 1697. Durante más de cincuenta años combatió por su país de adopción é hizo progresar el arte militar de su siglo.

Una singularidad de la legislación de Austria anterior á 1867, fué la de admitir á los extranjeros al desempeño de los cargos públicos sin previa naturalización. Este era por el contrario un modo de obtenerla: al aceptar un puesto público el extranjero adquiría *ipso facto* la nacionalidad austriaca. Hoy la naturalización debe preceder, pero quien la obtiene recibe con ella deberes y derechos idénticos á los que da el nacimiento. *Ley fundamental del Estado del 21 de diciembre de 1867*, art. 3º.

En Hungría la naturalización, igual en sus efectos á la de Austria, se rige por la ley del 24 de diciembre de 1879.

nio, los franceses Mercy, de Souches y Carlos de Lorena, el holandés Waldeck y el sueco Lewenhaupt.

Cuando, desencadenadas las ambiciones, algunos años después cada soberano se aprestaba á engrandecer sus estados con los despojos del Austria, la espada del livoniano Loudon protegió la herencia de Maria Teresa, y con el francés d'Arémburg y los irlandeses Browne y Lasey inmortalizó el recuerdo de la resistencia y de la victoria.

El mariscal de Frimont¹ triunfó de Suchet en el Piamonte, tomó á Nápoles y mandó en jefe en la Lombardía; el italiano Saint-Lary de Bellegarde combatió en Italia, firmó los preliminares de Léoben con Bonaparte y en 1806 el emperador Fran-

¹ Antes de emigrar, en 1791, había servido en Francia, donde nació.

cisco II lo colmó de honores; el táctico francés Ravichio de Peretsdorf instruyó al ejército y otro francés, el conde de Wurmsers, victorioso en Wissembourg y en Fort-Louis, fué general en jefe en la campaña de Italia y gobernador de Hungría.

Una de las consecuencias de la gran conmoción de 1848, fué la ruidosa caída del príncipe de Metternich¹ y la ruina del sistema con que durante cuarenta años había dominado en Austria é influido en la Europa entera. Para reemplazar á Metternich en la dirección del gabinete é introducir las reformas que la opinión pública exigía,

¹ A Metternich mismo no podría considerársele como nacional de origen, si esta nacionalidad no se adquiriera en Austria *jure sanguinis* y si los efectos de la naturalización no se extendieran á los hijos menores del naturalizado; pues ni él ni sus padres nacieron en territorio austriaco. Metternich nació en Coblenz, estudió en Strasburgo y en Maguncia y, según sus *Memorias*, á la edad de 22 años fué á Austria por la primera vez.

se designó al conde de Ficquelmont, francés de origen que ya había sido general, ministro de la guerra y representante de Austria en Suecia, en Rusia y en Italia.

El prusiano Federico de Gentz, secretario y confidente íntimo de Metternich y secretario del Congreso de Viena, intervino en todos los grandes acontecimientos de principios de este siglo, y su pluma infatigable y fecunda redactó los más importantes documentos de esa época, desde el tratado de la Santa Alianza y los protocolos de los congresos hasta los manifiestos, memorias y folletos destinados á encaminar la opinión.¹

Después del desastre de Sadowa hubo necesidad de reorganizar el Imperio aceptando el derecho histórico y estableciendo

¹ Véase *Diplomates et publicistes de l'Allemagne* por P. Challemel-Lacour.

el dualismo austro-húngaro. “El emperador Francisco José no creyó capaz á ninguno de sus súbditos de ejecutar con buen éxito empresa tan difícil, temiendo sin duda que un austriaco careciera de la imparcialidad necesaria para conciliar pretensiones é intereses opuestos, y llamó á de Beust, de Dresde, que hasta entonces había sido ministro de negocios extranjeros de Sajonia.”¹ El barón de Beust dió al Imperio las leyes fundamentales que aun lo rigen, fué ministro de negocios extranjeros de 1866 á 1871 y embajador de Austria-Hungría en Londres y en Paris hasta 1882. Esas leyes elaboradas por de Beust destruyeron las tradiciones absolutistas con que gobernaron Francisco II y Metternich; pero un conflicto permanente entre pueblos

¹ L. Leger, *Histoire de l'Autriche-Hongrie*.

disímbolos, condenados á vivir bajo la misma autoridad suprema, dificultará siempre el pacífico ejercicio de la libertad política, como la diversidad de lenguas ha hecho imposible la existencia de una literatura nacional y ha retardado el progreso de la instrucción.

Desde 1749, sin embargo, el estado dedica á la enseñanza una atención preferente. Los estudios comenzaron entonces á emancipar á la nación de su servidumbre intelectual y ese servicio lo prestó un extranjero, el holandés Gerard van Swieten, médico de la emperatriz y profesor de la universidad de Viena, encargado por Maria Teresa de realizar esa reforma.

En cada página, la historia atestigua la participación que han tomado en el desenvolvimiento intelectual y en la vida política del Imperio hijos de otras regiones tras-

plantados al suelo austro-húngaro, desde los *minnesinger* Walter, Reinard de Haguenau y Nidhart de Reuenthal que en el siglo XIII llevaron el primer destello de la poesía germánica y cantaron la gloria de los Babenberg hasta el lituaniano Klaczko, el alemán Stadion y otros que en nuestros días enriquecen la literatura ó dirigen la política de la monarquía. Pero dejemos esos servicios, que no exceden á los ya enumerados, para señalar otros de análoga importancia en el país que durante más de dos siglos vivió anonadado en la unidad facticia de los dominios austriacos, en la tierra de legendaria belleza

“Che Apennin parte
E circonda la mare et l'Alpe.”

Los quince siglos que separaron á Roma capital del mundo, de Roma capital de Italia, fueron quince siglos de dolorosa servi-

dumbre en que la fatal hermosura del país, llorada por tantos patriotas, despertó la universal codicia y abrió las fronteras á sucesivas y á veces simultáneas invasiones. Gótica ó bizantina, franca ó germana, angevina ó española, austriaca ó napoleónica, Italia cautiva inmortaliza su tortura en la terrible imprecación del Dante, implora y suspira con Petrarca, exhala con Silvio Pellico y Manzoni los últimos gemidos de su interminable agonía. Y cuando después de cien años de rudo batallar, guelfos y gibelinos dejan renacer las viejas ilusiones de libertad y de concordia, la independencia tumultuosa de las ciudades italianas cubre la península de estados insignificantes y anárquicos en que reviven el feudalismo y la teocracia, la monarquía y la república, el absolutismo y la demagogia; formas variadas de una sangrienta tiranía

cuyos dogmas inspiraron *El Príncipe* á Maquiavelo, é inflamando la elocuencia de Rienzi, estremecieron á Italia.

El extranjero no iba entonces á confundirse con los naturales en una nacionalidad común. Cómplice ó árbitro de ambiciones rivales, y codicioso de riquezas sobre todo, acudía al llamamiento de los mismos italianos y, señor ó *condottieri*, cobraba el precio de su ayuda. Así pasó los Alpes Federico Barbaroja para avasallar la Italia y extinguir la libertad en la hoguera de Arnaud de Brescia; así se enseñoreó de Florencia la usurpación de Gaultier de Brienne; así los mercenarios Landau y John Hawkwood redoblaron en el siglo XIV la tiranía de los Visconti.

Pero esa servidumbre secular, que nunca consiguió sin embargo la destrucción completa de un fondo de unidad que subsistió

siempre, tuvo fin el día que, entre los invasores que nublaban el horizonte, descubrió Italia á la nación que en York-Town prodigó su sangre por la independenciam de los anglo-americanos, que en Navarino combatió por la resurrección de Grecia y en Amberes por la autonomía de Bélgica; al pueblo que dió asilo á los irlandeses, que acogió á los polacos y sostuvo la causa de los rumanos. Con la revolución francesa entrevió Italia la imagen grandiosa de una patria libre y unida; con el Directorio rejuveneció sus instituciones; con Napoleón I adquirió la libertad y la igualdad civiles y si, como Francia, fué víctima de la guerra y del despotismo político, la gloria y la disciplina del héroe, que la península proclamaba italiano, reanimó la fe en la causa que el segundo Imperio hizo triunfar en Magenta y Solferino.

Las turbulencias políticas y morales de esos siglos no fueron, pues, para todos coyunturas únicamente favorables á la expoliación de la malhadada Italia. Roberto Dudley abandonó la corte de Inglaterra para llevar á Toscana su ciencia y su fortuna, y al servicio del gran duque Cosme II perfeccionar la marina, desecar los pantanos de Pisa, ensanchar el comercio, favorecer las artes y crear la prosperidad de Liorna; servicios que el emperador Fernando II y el papa Urbano VIII recompensaron haciéndolo duque del Santo Imperio y miembro de la nobleza romana. Wotton, igualmente inglés, representó en Escocia á ese mismo Gran Ducado, y el prusiano Winckelmann fué autor célebre y bibliotecario del Vaticano. Cuando Venecia, extenuada por veintidós años de guerra, se vió próxima á abandonar en Candía el baluarte de la cris-